

De forasteros y turistas

Una historia
del turismo en España
(1880-1936)

Ana Moreno Garrido

ANA MORENO GARRIDO

DE FORASTEROS Y TURISTAS

Una historia del turismo en España
(1880-1936)

Marcial Pons Historia

2022

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
PRÓLOGO	11
EN BUSCA DEL PAÍS	15
CAPÍTULO 1. LEJOS DEL <i>CAMINO TRILLADO</i> (HASTA 1900) ...	29
El desgaste del Romanticismo	31
España y sus editores	48
Recuerdos de viaje	57
Ingleses en un triángulo.....	70
CAPÍTULO 2. AL ENCUENTRO DEL TURISMO (1900-1910) .	83
La llamada del agua	85
El tiempo breve de los velocipedistas	106
<i>La industria de los forasteros</i>	112
Los hombres del turismo.....	130
CAPÍTULO 3. UN ASUNTO POLÍTICO (1910-1918)	137
El primer turista, el rey.....	139
Vergüenza y expolio en la «nación museo»	142
El Greco, Cervantes y Covadonga, revisitados.....	150
Los señores del turismo	161
La otra diplomacia (1912-1914).....	168
CAPÍTULO 4. LOS AÑOS DE TRANSICIÓN (1917-1928).....	179
El alto precio de la neutralidad.....	181
¿Proteger espacios o atraer turistas?	188

	<u>Pág.</u>
La hora del Mediterráneo.....	203
Autos, carreteras e itinerarios.....	217
América, América	226
 CAPÍTULO 5. EL GRAN SALTO ADELANTE (1928-1931)	 237
La maquinaria estatal se pone en marcha	239
<i>Visit Spain, Visitez l'Espagne, Besucht Spanien</i>	247
La industria del turismo, por fin	261
Un Estado que construye hoteles.....	272
 CAPÍTULO 6. EL FINAL DE UN CICLO (1931-1936).....	 281
«Las normas, claras y los procedimientos, honestos»	283
El derecho de los ciudadanos.....	302
 EPÍLOGO.....	 315
POSTFACIO. TRAS LAS HUELLAS DEL TURISMO.....	321
BIBLIOGRAFÍA	325
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	353
ÍNDICE TOPONÍMICO.....	357

PRÓLOGO

En la muy turística España del siglo XXI ni el eco queda de un debate que empezó hace más de un siglo en torno a la prometedora *industria de los forasteros*. A finales del siglo XIX, el runrún del turismo sonaba muy lejano en un país que quería ser turístico pero no lo era. Y no lo era porque los ingleses ya habían decidido que preferían Italia y que su bajada al sur sería a la Arcadia y no a la «orientalizada» península ibérica. Tampoco lo era porque, para ser un país turístico había que montar un negocio, el de la hospitalidad, que está basado en el confort y la moda y en España no había ninguna de las dos cosas. Eso no significa que no hubiera un «viaje español», que algunos monumentos como la Alhambra no tuvieran una fama gigantesca o que miles de imágenes y *souvenirs* españoles inundaran Europa. Pero faltó Lord Byron, que a duras penas fue compensado con Washington Irving, y no hubo colonias de invernantes, el verdadero negocio.

Nunca pensamos en una España turística antes de los años sesenta porque creemos que no podía haber turismo en un país económicamente pobre, políticamente inestable y socialmente conflictivo, pero que no fuese un gran destino no significa que no hubiera turismo, de hecho su desconocida historia se abre paso, tozudamente, a través de esos límites, perfectamente encajada en los tres escalones modernizadores del primer siglo XX: el muy tímido de los años diez, el de Primo de Rivera, poco democrático pero eficaz, y el de la República, más democrático pero explosivo. A esa triple

secuencia hay que sumarle todo lo que se esperaba de él y las muchas responsabilidades que se le atribuyeron: educar los sentidos, europeizar España, modernizar la economía, mejorar la imagen exterior del país, reforzar identidades y construir ciudadanía.

Este libro comienza en las últimas décadas del siglo XIX con un país en el que la naturaleza y sus «goces» difícilmente superaban lo artístico y literario, pero al que empezaron a llegar las primeras noticias de la revolución turística europea. Las playas, las excursiones, el *sport* velocipédico, la afición a la montaña y la demanda de cultura parecían mucho más obvias y evidentes en otros países porque ellos eran ricos y sus paisajes más amables, cargados de referencias cultas y sentimentales, pero, contra todo pronóstico, el turismo llegó y con él una nueva manera de ver, estar y relacionarse con esos nuevos placeres al aire libre. Es cierto que eran todavía muy pocos, pero en los años veinte y treinta ya no se puede hablar ni de élites, ni de minorías. La primera incorporación de las masas al turismo coincidió con la aparición del coche y la velocidad, que no solo cambió la percepción del tiempo y la distancia, también modificó la mirada turística, cada vez más rápida y banal y, de paso, anticipó una de las claves del siglo XXI, la peligrosa y masiva presión de este sobre los espacios: el turismo convertido en el gran depredador.

Los turistas han hecho mucho en la construcción contemporánea de España transformando espacios, viéndolos con otros ojos y apropiándose de ellos porque el turismo consiste precisamente en eso, primero imaginar, luego ir y, por último, incorporar, emocionalmente, esa experiencia. Esa fuerza emergente y todo lo que había detrás, es decir, el reto de crear *su* industria, ofrecen una interesante lectura para entender las fortalezas y debilidades de la España del primer tercio de siglo porque en esta etapa los resortes turísticos todavía estaban en manos del país y no de grandes operadores internacionales como ocurriría en los años del *boom*. Es también una oportunidad para repensar una España más transnacional de lo que creemos, en la que asuntos tan aparentemente alejados del turismo como la política exterior, a caballo entre Marruecos y América, los debates internacionales en torno a la modernidad del arte, la neutralidad durante la Gran Guerra o las tensiones nacionalistas, de muy difícil control desde 1919, marcaron al turismo mucho antes de que se consolidase definitivamente su industria, lo que no ocurrió hasta finales de los años veinte.

Cuando empecé a escribir este libro sabía que lo más difícil de historiar y de explicar a los lectores era ese principio, el cambio de sensibilidad que llevó a los españoles de su tiempo a dejar atrás un país en sus horas más bajas para empezar a aficionarse a todo lo que hoy llamamos turismo, a identificarse con unos paisajes, verse reflejados en unos monumentos, empezar a conocer mejor su entorno e incorporar el *tempo* turístico, ese tiempo sin tiempo, mientras se luchaba por colocar a España entre los grandes destinos europeos. Una vez explicado eso solo había que narrar la secuencia de los acontecimientos porque, en realidad, ya había pasado todo.

Antes de seguir o, mejor dicho, empezar quisiera agradecer y reconocer a todos los que me han ayudado, corregido, estimulado y acompañado, no solo a mí, sobre todo a este libro. Fundamentales han sido Maite Ríos (Biblioteca Nacional de España), Jorge Villaverde, Gerardo Rebanal, Luis M. Calvo Salgado, María José Rodríguez o Saida Palou, por sus correcciones, lecturas y comentarios, pero también tengo mucho que agradecer a mis compañeros del grupo de investigación de historia del turismo en el que participé entre 2011 y 2016 por aportar pistas, hipótesis y datos para seguir completando las piezas que le faltaban al turismo español de principios de siglo. Gracias, sobre todo, a Carlos Larrinaga, quien me invitó a formar parte de él. Por supuesto, a algunos de mis primeros lectores, conocedores del turismo o ajenos a él, como Laura Sanz, Jaime Ruiz Baudrihayé, Javier Díaz o Ana Carmen Lavín, por ayudarme a ver el sentido del tema entre los no historiadores o especialistas, un lector al que siempre he querido llegar. Gracias a Asun Muñoz, del Centro de Documentación Turística de España; a Juanjo Villar y Daniel Gozalbo, del Archivo General de la Administración, soporte indispensable de investigadores, y a Óscar Fajardo, por sus valiosos consejos editoriales. Gracias a Inés Belaustegui por sus traducciones. Mi deuda de gratitud termina, y empieza, con Ángel Bahamonde, director de mi tesis doctoral y el primero que, con anchura de miras y generosidad, supo ver en el turismo un tema de interés histórico y, sobre todo, supo verme a mí en él.